

.....  
Don José Elías  
Sánchez, el  
maestro de la  
Finca Humana



# La Finca Humana

## La huella de José Elías Sánchez

► ..... Texto: Redacción

Mario Ardón, amigo y colaborador de esta revista, nos trajo de Honduras un ejemplar del libro *La Finca Humana*, que recoge la labor educadora de un hombre que dejó huella: José Elías Sánchez. Este maestro que amaba la tierra y sobre todo a sus paisanos, con una pedagogía del ejemplo y del despertar de la dignidad de la persona, cambió la relación con la tierra de miles de familias de Honduras y Centroamérica, llegando su influencia hasta Asia y África. Como no dudamos de que en estas latitudes puede hacernos al menos reflexionar, recogemos aquí el resumen de un libro que nos descubre su obra<sup>(1)</sup>

**P**ara José Elías Sánchez, gran pedagogo que basó su enseñanza en la agricultura, la idea clave para lograr una agricultura saludable que cuide la tierra y nos alimente era empezar por trabajar la “finca humana”: la cabeza, las manos y el corazón. Es decir, empezar desde el pensamiento, el alma y el cuerpo del agricultor, un cambio de dentro hacia afuera. Él decía, “si la mente de un campesino es un desierto, su finca lucirá como un desierto”.

En su labor le acompañaron personas que captaron muy bien sus enseñanzas y las aplicaron a su vez a sus vidas, como Cándida Osorio, los campesinos Vilma y Fernando Andrade, el agrónomo Milton Flores continuador de su

otra forma de enseñar y del Centro de Información sobre Cultivos de Cobertura CIDICCO. Con sus peculiares cursos de capacitación y el posterior seguimiento de fincas, transformaron el alma de decenas de miles de campesinos y grandes extensiones de tierra se salvaron de la erosión, del empobrecimiento y de los tóxicos, a la vez que colaboraban en terminar con la desnutrición, la baja autoestima, el fatalismo, el miedo al cambio y la ignorancia.

### Su otra forma de enseñar

Para José Elías era esencial darle “un rostro humano” al desarrollo perdurable y a los planes de conservación am-

biental en países pobres, pero también a cualquier programa de seguridad alimentaria y conservación en el mundo. Tenía muy claro que los problemas derivan de la gente, no de los árboles, ni de la tierra, ni siquiera de los cultivos. Por lo tanto, había que trabajar con la gente para cuidar los árboles, manejar las laderas y producir granos básicos... Comprendía que había que empezar por la gente con menos recursos económicos, con menos educación y capacitación, aquellas personas con un amplio historial de fracasos, aquellas que cada vez creen menos en los políticos, en los técnicos e inclusive en las agencias de desarrollo.

Elías descubrió y palpó que sólo el 5% de la población rural de Honduras estaba recibiendo algún tipo de asistencia técnica y que el lenguaje empleado por los técnicos de extensión agraria era incomprensible para los campesinos. Él sabía impactar para abrirles a nuevos planteamientos, por ejemplo improvisar con dos piedras y un cordel un "teléfono" para comunicarse con el suelo. "Amigo suelo, cómo estás hoy? ¿Tienes sed? ¿No te están tratando bien?" Les hacía reconciliarse con esa tierra, con sus laderas, con sus limitaciones personales, en una palabra, con su Finca Humana. Les hacía comprender qué era lo que hacía a una tierra saludable, o las razones por las que sus hijos enfermaban. Tenía claro que "la miseria humana no es la falta de dinero; sino el no saber quién es uno... y que la insatisfacción es el comienzo del cambio".

En Granja Loma Linda mostraba a quienes no tenían dinero para comprar fertilizantes ni pesticidas químicos dónde estaba el secreto de la productividad de la finca: no en la semilla, sino en los millones de microorganismos que airean y enriquecen la tierra. Compartía con ellos el secreto de que para transformar la relación entre el agricultor y la

tierra está la relación con la lombriz, la hormiga y una multitud de bacterias e insectos que descomponen la materia. Sabía que un agricultor que hunde sus dedos y sus brazos en la tierra y le da un apretón de mano, sellando así su sociedad con estas criaturas, es poco probable que vuelva a quemar los campos ni a emplear en ellos un veneno.

### De dónde surgió este maestro

Elías había nacido en 1927 en una finca de poco más de una hectárea en Choluteca, al sur de Honduras. Su padre, de una personalidad dominante, reconocía a un buen trabajador y no dejó que su hijo fuera a la escuela, a pesar de los deseos de la madre de darle una educación. Pero enfermó y murió a los 45 años. La madre tuvo que

dejar las tierras y partir con sus cinco hijos a Orocuina, donde con grandes esfuerzos logró que al menos fueran a la escuela. Entonces Elías tenía ya 14 años y un afán acumulado por aprender. Y ya no paró. Primero la Escuela Normal Rural, luego se graduó en Agricultura. Su primer destino fue

una escuela que, al verla, consideró "más apropiada para lechuzas y murciélagos que para niños". Aquí empezó a aplicar sus dotes pedagógicas, que no son otras que hacer que la persona se sienta a gusto. Mirando por el bienestar de los niños acortó los bancos a la altura de sus piernecillas, abrió ventanas y, lo mejor de todo según alumnos y padres, comenzó un huerto escolar. La parcela permitía transmitir a los niños lecciones prácticas en ciencias, estudios de la naturaleza y trabajo en equipo. Los padres se sumaban a esta actividad y Elías experimentó que los padres eran la clave. Los maestros sólo podían complementar lo que los padres enseñaban en el hogar.

**Él decía, "si la mente de un campesino es un desierto, su finca lucirá como un desierto"**



Desde la finca promovía la educación de los campesinos y con ellos de sus familias y comunidades



En Loma Linda les enseñaba que las flores son "las sonrisas de la tierra" y que son también necesarias como "alimento del alma"

Después el Gobierno le asignó la Escuela Normal de Señoritas Villa Ahumada. Cuando llegó la Escuela compraba la mayor parte de sus alimentos, cuando partió se autoabastecía gracias no a nuevas tecnologías agrícolas, sino a un cambio en el trato con las estudiantes, logrando que avanzaran de una aceptación pasiva a un aprendizaje comprometido.

Por su éxito le becaron para que estudiara Educación en Nuevo México (Albuquerque) donde su afán por aprender no cesaba: Sociología, Antropología, Educación y Filosofía... y especialidades norteamericanas, desde construcción a cocina chicana. Pero quería volver a Honduras y quería además trabajar por mejorar una agricultura que estaba anclada en unos métodos que arruinaban la tierra y dejaban desnutrida a la población.

Era 1974 cuando le nombraron director de un programa nacional de capacitación para extensionistas agrícolas y a la vez fundaba la Asociación Coordinadora de Recursos para el Desarrollo (ACORDE). Esto le permitía identificar comunidades rurales con potencial para recibir capacitación y luego establecer contactos entre extensionistas y agricultores. Observaba los cambios en las fincas de los agricultores participantes e iba tomando nota: ¿Podían los campesinos sobrevivir en estas laderas? Sí. ¿Los profesionales hondureños enseñaban agricultura en laderas? No. Entonces él organizaría un centro de capacitación.

### La Granja Loma Linda

Si los huertos familiares eran el secreto para obtener la participación de los padres en la educación de sus hijos, una finca de capacitación podría atraer a los campesinos y promover la educación de sus familias y comunidades. Con sus propias manos, un gran corazón y un pequeño préstamo, comenzó a organizar esta finca de unas 14ha, en forma de una bella colina desde las orillas del río Chiquito hasta la parte alta. Estaba cerca de Tegucigalpa y el terreno era semejante al de los demás campesinos, con una inclinación de 20 y más grados, pero más grande. Vio la tierra y supo que era buena.

## Un cambio desde la persona

Don José Elías aplicó un esfuerzo personal en pasar de una agricultura rural tradicional a un aprendizaje avanzado y a la Finca Humana, como llamaba él a lo esencial de la persona: la cabeza, las manos y el corazón. Ese cambio en lo profundo de la persona es la base a partir de la cual cambiará su modo de relacionarse con su familia, con la sociedad y por supuesto con la tierra.

Desde el momento en que los participantes ponían los pies en Granja Loma Linda comenzaba el aprendizaje global. José Elías afirmaba los recursos personales de los campesinos y los retaba a aplicar esos recursos no sólo en la producción de alimentos, sino en la salud, la higiene, la educación de los niños y las necesidades emocionales de la familia, es decir, la "finca" entera.

Primero rompía su hermetismo y timidez mediante recursos como sorprenderles con ataques directos sobre machismo, pero también lo hacía invirtiendo la jerarquía de clase y atendiéndolos como invitados de honor. El aturdimiento resquebrajaba las inhibiciones y abría las mentes y los corazones a ideas nuevas y al reconocimiento de habilidades propias. Después les hablaba de igual a igual y con palabras y ejemplos que pudieran comprender. Fruto de la motivación interna y el conocimiento en esos campesinos afloraba el deseo y el compromiso de hacer. Su experiencia demostraba que una vez que la Finca Humana "fructifica", la cosecha perdurable de la finca física está garantizada.

Otras personas que llegaban a Loma Linda y no eran agricultores (profesores, estudiantes, activistas y políticos) se abrieron también a nuevos planteamientos. Se convencieron de que efectivamente el cambio debía partir de dentro porque las leyes, si no se hacen acompañar de recursos y educación, inciden poco en la generación de cambios; porque dar tierras o títulos de propiedad a los campesinos, si no va acompañado de recursos pero sobre todo de preparación, pronto se verán abocados a vender esos títulos y a abandonar sus tierras empobrecidas para vivir como marginales en las ciudades. En los países "desarrollados" la situación en el fondo no es tan diferente si hacemos un paralelismo y reflexionamos sobre temas como la productividad a ultranza, las subvenciones, los transgénicos, la presión urbanística...

Allí Elías enseñaba a hacer las paces con las duras laderas mediante la preparación de la tierra y a hacer las paces con el cambio, preparándoles para recibir ideas nuevas. "Desyerben sus corazones; si ustedes guardan esa contaminación, ese error, no tendrán espacio para nuevas alegrías". Preparaban barreras vivas para sostener las terrazas, observaban los patrones de escorrentías causados por las lluvias y, donde se formaba un remolino, sembra-

ban una mata de plátano, una azalea o un napoleón (buganvilla) para detener la erosión. Aprendieron a mezclar repelentes naturales de plantas locales para combatir las plagas, inclusive sembraban flores para embellecer los senderos de la finca. Lo hacían con escepticismo; “las flores no son útiles”, le decían. Y Elías respondía que eran “las sonrisas de la tierra” y que “uno tiene más de un estómago, las flores son el alimento del alma”.

En 1987 dejó su trabajo gubernamental y comenzó a tiempo completo en la finca. Contrató a Fernando Andrade y a otros ex alumnos para atender jornadas de capacitación de una semana, y a Cándida Osorio para que atendiera cocina y administración. Ella era también la clave para introducir nuevos alimentos y formas de prepararlos. Mientras las mujeres aprendían nutrición y la práctica de cocinarlos, los hombres aceptaban con complacencia abrirse a esos cambios y los llevaban a sus casas.

En Loma Linda conducía a los alumnos a través del trabajo de campo en conservación de suelos, producción, comercialización y nutrición, con un 80% de trabajo práctico y un 20% de charlas teóricas siempre con un enfoque dirigido a motivar, a introducirles en un cambio progresivo, física, tecnológica y conceptualmente. Les capacitaba trabajando a la par con ellos, respetando de palabra y obra su dignidad; induciéndoles a utilizar los recursos locales y en armonía con la naturaleza.

Lejos de sus vecinos, los agricultores se atrevían a innovar y José Elías les ayudaba a que ese cambio fuera desde dentro. Como buen pedagogo sabía por experiencia “que el proceso del cambio duradero está en relación con el espíritu”. Un campesino, Modesto Sánchez, recuerda: “lo primero de todo aprendí a valorarme a mí mismo, se-

gundo aprendí a valorar a otros y tercero, descubrí la naturaleza que me rodeaba y me di cuenta de lo que podía hacer con ella”.

### Cómo se expandió esa forma de enseñar

En octubre de 1998 el huracán Mitch arrasó Honduras. En Loma Linda, el río Chiquito como decía José Elías “se tomó lo que era suyo” y todo el arrastre que les vino de arriba de las lomas barrió el Centro de Capacitación. No podemos extendernos en detalles pero fue reconstruido, esta vez arriba de la loma y más firme. El 18 de marzo de 2000 Don Elías fallecía a la edad de 73 años, y aunque Loma Linda no sea lo mismo sin él, su obra no se ha detenido. Tuvo claro que no quería un gran centro. Decía: “mirá, yo no quiero tener una gran cabeza; lo que quiero son miles de cerebros, manos y corazones trabajando en el campo”. Previó que esta continuidad se diera de forma encadenada, a través de los CEA o Centros de Enseñanza-Aprendizaje, donde los que enseñan son alumnos que habían pasado por Granja Loma Linda en una primera, segunda, tercera y hasta cuarta generación.

En todos ellos quedó su siembra. Todavía muchos estudiantes recordarán cuando les preguntaba a dónde iría la información recibida. “A nuestros cerebros”, decía una alumna. “¿A dónde más?: a sus corazones. Sólo recuerden que el desarrollo del mundo tiene un precio: tranquilidad, naturaleza, seguridad, la contaminación de su agua, sus oídos, sus ojos. Nosotros no pagamos con dinero, pagamos con nuestras almas”. ■

#### Notas

(1) *La Finca Humana*. Katie Smith Milway, 2004, CIDICCO, Honduras

**Decía: “no quiero una gran cabeza; lo que quiero son miles de cerebros, manos y corazones trabajando en el campo”**



Encuentro reciente en la Granja Loma Linda